



Las cenizas de la flor

Angel Crespo

El elefante en la oscuridad

Cuenta Algazel en su *Kimiva'e Saadat* o *Alquimia de la felicidad*, libro admirable que escribió para, entre otras cosas, enseñar a sus contemporáneos una teoría del conocimiento, el ejemplo del elefante en la oscuridad. "Aquellos cuyos ojos no ven nunca más allá del mundo de los fenómenos son como esos otros que se funden a los servidores de más bajo rango con el rey", dice a manera de exordio, lo que, en el contexto de la obra, significa que toman a los efectos por sus causas; y, en seguida, supone el caso de unos cuantos ciegos que, al oír que un elefante ha llegado a su pueblo, se dirigen a examinarlo. El único conocimiento del animal que pueden obtener, observa Algazel, les viene a través del sentido del tacto y, así, uno manosea la pata de la bestia, otro un colmillo, otro una oreja, y de acuerdo con sus diferentes percepciones, dicen que el elefante es una columna, una pértiga gruesa o un edredón, de manera que cada uno de ellos toma la parte por el todo. Y, claro está, ninguno de ellos se entera de lo que es un elefante.

Este ejemplo, propuesto a la meditación de los hombres allá por el siglo XI o principios del XII, fue recogido unos dos más tarde por Jalaluddin el Rumi, quien lo incluyó en su monumental poema *Masnavi* con significationes y más monumentalismos. El Rumi es considerado, con Hafiz, Nezami, Omar Kayyam y algún otro, como uno de los grandes poetas de expresión persa, y todavía son muchos los que suelen leer su ejemplo del elefante en la oscuridad: casi tantos como los que lo leen en el tratado de Algazel.

Unos hindúes, cuenta el Rumi, estaban exhibiendo un elefante en un cuarto oscuro, y se juntó mucha gente para verlo. Pero como aquel sitio estaba demasiado oscuro para permitir que se viese el animal, todos ellos lo tocaron con las manos para adquirir una idea de cómo era. Uno le tocó el tronco y dijo que la

bestia parecía un odre; otro le tocó la oreja y dijo que quizás fuese un abanico; otro la pata, y pensó que podía ser un pilar; le tocó otro la espalda y declaró que el elefante sería un gran trono. Uno le llamó alfa y otro delta, dice el Rumi; y, con ello, ya tenemos, contando las declaraciones recogidas por Algazel, siete opiniones diferentes de lo que es un elefante.

He dicho antes que la manera de contar del Rumi es más realista que la de su antecesor porque es más verosímil que unos ciegos interesados se interesen por ir a ver un elefante que lo haga un grupo de ciegos y, además, porque teniendo en cuenta el alcance de la alegoría, es mucho más eficaz condenar la incapacidad de comprender de quienes son personas sanas, aunque no aptas para investigar lo oscuro, que la de quienes tienen la desgracia de no verlo. Pero volvamos al Rumi, el cual declara a continuación del ejemplo que "Los ojos del sentido exterior son como la palma de la mano; Y el objeto entero no puede ser asido por la palma", lo que quiere decir que hay que remontarse sobre los datos de la experiencia material para captar en su integridad el verdadero sentido de las cosas.

Dejemos a Algazel y al Rumi con las preocupaciones propias de su calidad de sufíes —y no porque las despreciemos— y pongamos al día, no obstante, el ejemplo del animal en lo oscuro. Pues ¿no es cierto que asistimos a un espectáculo semejante al que el poeta afgano nos describe? Y si ello es así, si no logramos ponernos de acuerdo sobre nuestros elefantes, nuestros asnos y nuestras gallinas de cada día, ¿no será lícito preguntarse si ello no se deberá a la creciente especialización de nuestros conocimientos, que hace que muchos de los que profundizan en ellos lo hagan hacia abajo, es decir hundiéndose, en lugar de profundizar hacia arriba, elevándose?

Ortega y Gasset habló hace ya bastantes años del "bábaro especialista", del que conoce cuanto se sabe de su disciplina pero no le preocupa el sentido que pueda tener esa misma disciplina para el conocimiento de la realidad general, o bien pretende reducir lo real a los estrechos límites de su saber parcial. Son los especialistas —se diría según el alegorismo de Algazel y el Rumi— en patas, troncos, colmillos, espaldas y orejas, es decir, los descubridores de columnas y pilares, odres, pértigas, troncos, abanicos y edredones, objetos, todos ellos, muy útiles, y por separado, para resolver los angustiadores problemas que nos acosan.

¿No es hora ya de que vayamos pensando en la instauración general de una ciencia de la ciencia, de un conocimiento del conocimiento, de una sabiduría, en suma, capaz de armonizar tantos miembros dispersos en la figura del elefante que, según algunas cosmologías hindúes, sostiene al mundo en sus hombros como el Atlas heleno?

Yo no conozco otra que la poesía —ya en verso, ya en prosa— y algo para justificarla las visiones del mundo de Lucrecio, de Virgilio, de un Dante, de un Ariosto, de Cervantes y de Milton, tan distintos entre sí pero tan abiertos a una visión totalizadora y unitaria de la realidad. Y, particularizar —cómo no recordar el ideal poético del tercero de los nombrados cuando nos dice en el Paraíso cómo vio con amor en un libro encuadernado cuanto en el orbe se desencuaderna?

Sé muy bien que habrá —incluso entre los que la escriben— quienes consideren ilusorio este poder de la poesía. "Sirve de poco discutir con ellos", como dijo Algazel. Y yo lo creo, pues según el Corán, tan frecuentemente citado por el sabio persa, "hasta ahí llega su sabiduría". La de los edredones y los abanicos.

Después del "rapapolvo"

Antipoema para hablar con un poeta arrodillado a los pies de Pablo II

A Ernesto Cardenal, Poeta y Ministro de Cultura de Nicaragua

Pusiste de rodillas TU VERDAD
cristianamente revolucionaria.
El Papa fue una nube
que no llovió la paz sobre tu alma.

Te quería borrego de Obediencia
Católica Apostólica y Romana.
—No salgas del redil aunque defiendas
la Verdad contra Todo lo que Mata.

Ernesto Cardenal: ¿Te has humillado?
Tus rodillas gritaban por tu Patria

Manuel PACHECO



Poema de Xavier Canals



Poema de J.M. Calleja

Los Congresos de Londres, de Budapest y de París han confirmado de una manera terminante los triunfantes resultados del Auralose del Dr. Eurtherier de París. Sin necesidad de aparatos, ni de medicinas, el Auralose de Eurtherier

CURA LA SORDERA

los ZUMBIDOS y SIBILDOS, radical, rápida e INFALIBLEMENTE. Si no oís bien, tened confianza en el Auralose del Dr. Eurtherier y quedareis plenamente satisfechos.

Opusculo e informes gratuitos dirigiéndose al Laboratorio del Auralose, 45, rue de Dunkerque, París. — DEPOSITO GENERAL EN ESPAÑA: Martín y Durán, 10, Capellanes Madrid - Barcelona: V. de J. Escrivá - Bilbao: Barandiarán y C. - Sevilla: R. J. Urbano - Zaragoza: D. Ramon Bosqued - Montevideo: Suracco, Rey y Colombo - Valparaíso: Raube y Droguería Francesa.

PAPEL WLINSI Cura las Afeciones del pecho, Catarros, Mal de Garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.

EL APIOL de los **D^{tes} JORET y HOMOLLE**
cura los Dolores, Retardos, Supresiones de los Menstruos.
F^{ca} SEGUIN, 165, Rue Saint-Honoré, París, y todas Farmacias.